

































































Llegado este punto, dada la evidente agresividad demostrada por Alemania y el Imperio Austrohúngaro, era inevitable que Europa se sumiera en una gran guerra si no había un cambio de actitud o de intenciones en ninguno de los bandos. Así pues, el 31 de julio Alemania ordenó la movilización preventiva y presentó dos serios ultimátums: uno a Rusia, exigiendo la total desmovilización antes de doce horas, y otro a Francia, requiriendo una declaración de neutralidad en menos de dieciocho horas que permitiera a Alemania ocupar las fortificaciones fronterizas en demostración de buena voluntad. Ni que decir tiene que era imposible acceder a semejantes demandas o satisfacerlas.

El 1 de agosto Alemania se movilizó y declaró oficialmente la guerra a Rusia, y al día siguiente los franceses ordenaron la movilización general. Llegado incluso este punto, el káiser seguía dudando, creyendo erróneamente que había alguna posibilidad de que Francia y Gran Bretaña permanecieran neutrales si la primera no era atacada. Inspirado por esta idea, Guillermo hizo un último intento absurdo de abortar todos los planes de guerra alemanes, sugiriendo que se atacara solo a Rusia. La propuesta fue rechazada sin contemplaciones por Moltke, que señaló con términos claros y precisos que tropas alemanas ya estaban avanzando hacia Francia y que semejante cambio era simplemente imposible en una fase ya tan avanzada. Demasiados elementos de las altas jerarquías militares alemanas estaban empeñados en librar batalla y no podían concebir que se diera marcha atrás cuando ya se había dado el pistoletazo de salida. Aquella noche las primeras tropas alemanas empezaron la invasión de los fuertes fronterizos de Luxemburgo en preparación para un gran avance a través de Bélgica. Iba a ser sin lugar a dudas una gran guerra europea, aunque, para sorpresa de nadie, el 2 de agosto Italia rompiera su alianza con las Potencias Centrales tras anunciar con remilgo que la presión popular impedía una participación italiana en lo que consideraba que era una guerra de agresión por parte de sus antiguos socios alemanes y austrohúngaros.

En realidad, Gran Bretaña seguía sin tener agallas para entrar en guerra, pero, como país firmante del tratado de Londres de 1839, hacía tiempo que se había erigido en garante de la neutralidad de Bélgica, por lo que una invasión alemana de este pequeño estado constituiría un factor determinante para aparcar las reticencias británicas a la intervención. Poco a poco, Gran Bretaña se vio metida en la guerra. El 2 de agosto, prometió brindar apoyo naval a los franceses si Alemania atacaba la costa del norte de Francia. Ese mismo día un ultimátum germano exigió a Bélgica que abriera sus fronteras para permitir el paso del ejército alemán en avance hacia Francia, y el 3 de agosto el imperio del káiser declaró formalmente la guerra a los galos. Cuando el ministro de Exteriores británico habló ante los miembros de la Cámara de los Comunes el 3 de agosto, ya se había esfumado cualquier posibilidad real de que Gran Bretaña se mantuviera al margen de la guerra.